

IRIS



Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EL
IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA
POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 750. ptas.



ESPOSA ENAMORADA

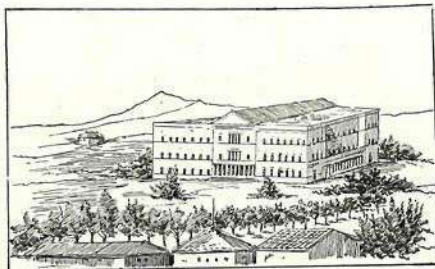
POR
ANDRÉS ARELLANO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 13'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR
L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino. Un tomo en tela, 7'50 ptas.

LOS MISTERIOS DEL SERRALLO

POR
ALVARO CARRILLO

Preciosa novela en que el autor revela su conocimiento del mundo oriental. 60 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 17 ptas.

LA MUJER AMOR

POR
D. RAFAEL DEL CASTILLO

60 cuadernos, que forman 2 tomos Encuadernada, con tapas especiales, 70 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

EL HOGAR

Ello debía ser por la fuerza del hábito. A pesar del aparente des-

arreglo de su existencia, la rutina suele enseñorearse de los artistas. Poseen todos los hombres una cierta dosis de invención. Los activos la emplean luchando por la vida; los contemplativos observándola. Aquellos se dejan pensar, pero no vivir. Los artistas gastan su voluntad en el empeño de ercarse una visión personal de las cosas. El resto les es igual. No marchan por el mundo ni de paseo ni de camino: como el loro del cuento van donde les llevan.

De no ser por el imperio de la costumbre ¿cómo explicarse las visitas del pintor Menéndez á doña Leocadia? Nada más muerto para un artista que aquel hogar anguloso y metódico, bordado en cañamazo. Cada silla, cada consola, cada mueble ocupaban invariablemente un puesto fijo: parecían clavados al suelo. El brillo pálido de los barnices jamás era empañado por el polvo, jamás tampoco reflejaba fulgores nuevos. Y ella, con sus facciones regulares, acaso bellas, de la belleza anodina frecuente en las mujeres sin coqueterías ni pasiones, el ceño fruncido eternamente, dejando caer las horas junto á la ventana encortinada, sobre una silla de costura, bajo un enorme bastidor, los ojos fijos en la tarea inacabable y uniforme, los dedos repitiendo presurosos los mismos movimientos, evocaba el recuerdo de las maquinillas sabias y complejas que ufanos muestran al forastero los fabricantes de encajes malinenses.

Para colmo de tedios, cuantas veces Menéndez visitaba á Leocadia, condebale la buena señora á escuchar el relato de su historia. Era la historia, semejante á la casa, vulgar y triste, fría y gris.

Casó Leocadia con Ricardo sin tener idea cierta del amor, arrastrada por la curiosidad intelectual que despierta la palabra misteriosa en un espíritu de colegiala, enardecida por la aureola que sus amigos fabricaban en torno de los mostachos del mancebo, donjuanesco, como poseído de su hombría. La oposición de la familia á sus amores determinó el enlace. ¡Había carácter bajo aquella inofensiva bordadora de tapetes, relojas y almohadillas!

Casó Ricardo con Leocadia por varonil amor propio. La luz inquietante de sus ojos negros nunca logró turbar las tranquilas miradas de la joven. Los ojos claros de Leocadia resistían serenos con la impavidez de la inocencia, torturando á Ricardo, avasallándole. Casáronse los dos, víctimas de un engaño que jamás se deshizo. A los tres meses comenzó el marido á retirarse tarde. Leocadia le reconvenía en voz baja, recordándole sus promesas de mejores tiempos. Con una ternura le sellaba los labios y á las veinticuatro horas se repetía la tardanza. Otra reconvención y Ricardo acudía al embuste... el café, compromisos, un negocio; ¡lo eterno! A los oídos de Leocadia llevaron amigas cariñosas noticias de las trapacerías de Ricardo. Al escuchar el primer nombre de otra mujer, se levantó, sorbiéndose los sollozos, y se fué á casa de sus padres con la queja.

—¡Lo ves, lo ves!—le replicaron.—¿No te lo decíamos nosotros?

El reproche dió en lo hondo. Desde entonces Leocadia se recogió en su casa y en sí misma. Fué el único confidente de sus penas su compañero el bastidor. Amengüó sus visitas, cerró la entrada á las amigas indiscretas, propúsose, por ideal único, la reconquista del marido. ¡Pobrecilla! Ignorante en

Ayuntamiento de Madrid

materias de amor, no se le ocurría otro expediente que el de adornar la casa con enrevesadas labores de convento. Junto á la ventana, pasaba y repasaba agujas por el lienzo, pasaba y repasaba dolores por el alma. Ricardo, á la sazón amigo de Menéndez, le contó cómo un día, después de una semana de borrascas, fué á buscarle su mujer á la oficina. Le encontró con un color violáceo, la cara abotargada, los ojos hundidos bajo los carnosos párpados hinchados. Todas las amarguras de Leocadia desvaneciéronse á su presencia. De sus labios solo brotó esta frase: — ¡Te vas á matar!

Pero ¿á qué referir los mil detalles de esta historia vulgar? Separados irreductiblemente por un antagonismo de temperamento, eran inútiles los esfuerzos de la esposa. A las veces Ricardo se enmendaba. De cuando en cuando conseguía Leocadia atrarle al hogar por cortas temporadas. Recogíale en la calle entumecido y congestionado, y, mujer que gustaba en la cocina buena parte de su caudal amoroso le devolvía la salud y apostura con sustanciosos caldos y con bocados escogidos en la plaza por su propia inteligente mano. Cifrabá su empeño en que Ricardo se interesara por los trebejos del hogar.

— ¿Ves esta alfombra? — le decía. — Yo la he bordado. ¿Te gusta ese cobertor? Mañana lo termino. He de cambiar el marco al retrato del abuelo.

Y así siempre. Ricardo sonreía, se dejaba querer al modo de su esposa, y al cabo de unas semanas de paz y descanso volvía á las andadas. Era un drama, como otros muchos des-

arrollados sin ruido bajo la burguesa monotonía de nuestras viviendas, que nunca hubiera llegado al desenlace sin el magno problema moderno, la cuestión del dinero, que se interpuso entre los dos. La menguada fortuna de Ricardo desapareció pronto; la irregularidad de su vida hizo perder relaciones y empleos; los acreedores se apiñaban en torno de una mujer para quien las deudas eran deshonra de deshonor. Cada vez que Leocadia abordaba el asunto, su marido que conservó siempre hacia su esposa sentimientos de admiración moral y de respeto, prometía, cabizbajo, enmendarse. Mas lo que no osó nunca realizar por la tremenda, lo hacía á la callada. Hoy faltaban del aparador los cubiertos de plata, y al otro día unas alhajas, y Leocadia, decidida á defender el hogar, se convirtió en sereno de su casa. Ricardo no perdonaba medio para buscar dinero. Le sorprendió su esposa una mañana repartiéndose la sisa con la cocinera... Hasta que, al fin, un día recibió Leocadia la noticia de que había desaparecido la doncella... y se encontró con el *secretaire* abierto y en el cajón donde guardaba los valores una carta que decía: «Yo te he robado. Soy indigno de vivir contigo. Perdóname y adiós. — Ricardo.»

Al contar por centésima vez sus penas al artista, exclamó finalmente Leocadia:

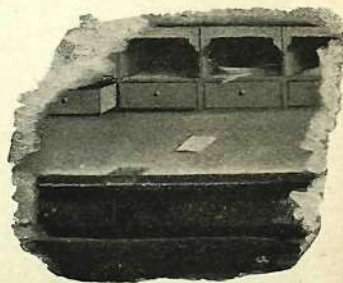
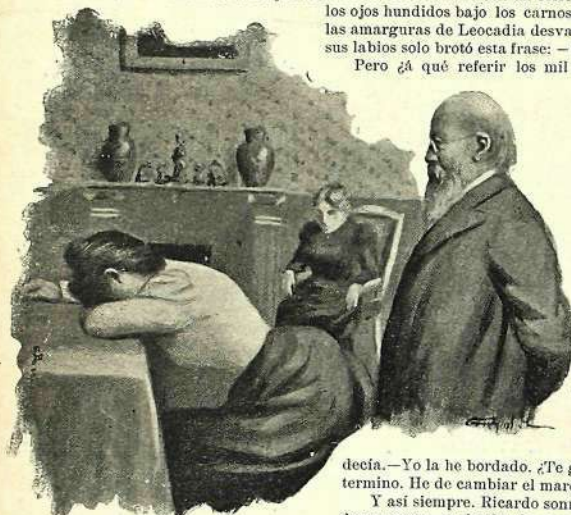
— Con ella ó con otra andará Ricardo rodando entre miserias... sabrá lo que es bueno, y yo ¡yo estoy en mi casa!

Menéndez sentía una piedad infinita hacia aquella mujer que por una equivocación irreparable no era monja, pero la vió el semblante erguido, el ceño duro, los ojos triunfadores, la actitud despótica y soberbia, y murmuró:

— Es cierto. Usted, señora, está en su casa, ha sabido conservársela... la jaula es admirable, mas para conservar el pájaro había que poner entre los alambres...

— ¿El qué? — Menéndez (con viveza). — Nada, nada, señora. El amor nace de la entraña, ningún esfuerzo puede producirlo. ¿Se entristece usted? ¡Qué hermoso el almohadón que tiene usted entre manos!

RAMIRO DE MAEZTU



Ayuntamiento de Madrid



LA PRUEBA DEL SOMBRERO

Ayuntamiento de Madrid

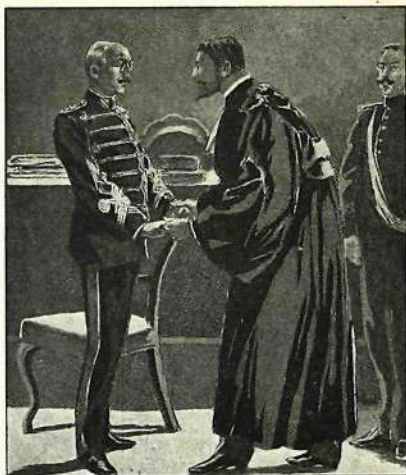
EL PROCESO DREYFUS

Si nunca puede tener cabal aplicación la frase de «hacer un pan como unas hostias», es, sin duda, con referencia al fallo del Consejo de Guerra de Rennes. Los mismos *dreyfusards* han acabado por irritarse ante la silba fenomenal con que todo el mundo civilizado ha acogido la salida de pie de banco de MM. Jouaust y sus cuatro colegas *condenativos*, y les dicen a los extranjeros que no tienen porque meterse en lo que ellos hacen en su casa.

Desgraciadamente, semejante argumento se

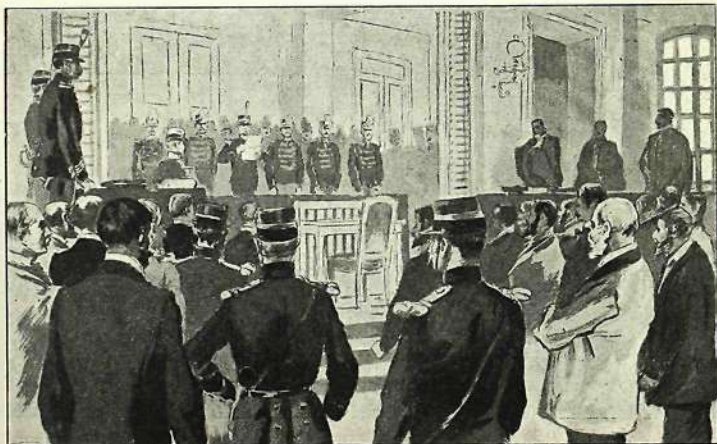


REGISTRO DE LOS PERIODISTAS EL DÍA DEL FALLO



EL ABOGADO LABREY Y DREYFUS DESPUÉS DEL FALLO
DEL CONSEJO DE GUERRA

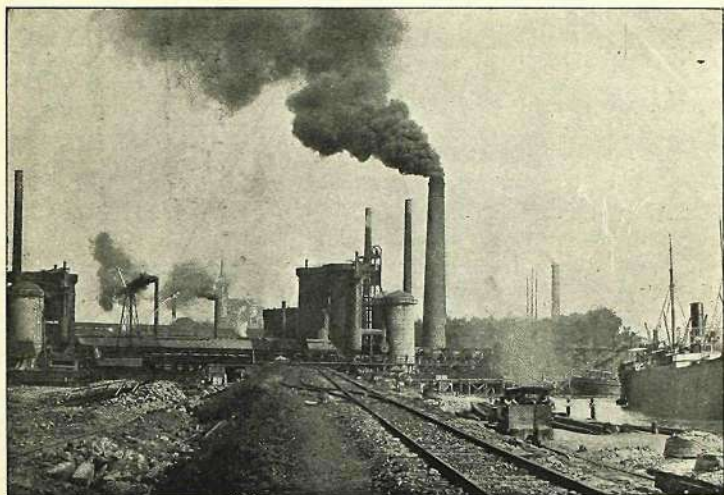
estrella ante los hechos. Francia se metió con Alemania, con Italia y otras naciones al suscitar Mercier y C.^a la cuestión Dreyfus, y esas potencias no pueden desinteresarse del asunto. Pero lo más grave, lo imperdonablemente torpe ha sido que el Consejo de Guerra hiciera



EL CORONEL JOUAUST LEYENDO LA SENTENCIA

Ayuntamiento de Madrid

BILBAO



LOS ALTOS HORNOS DEL DESIERTO

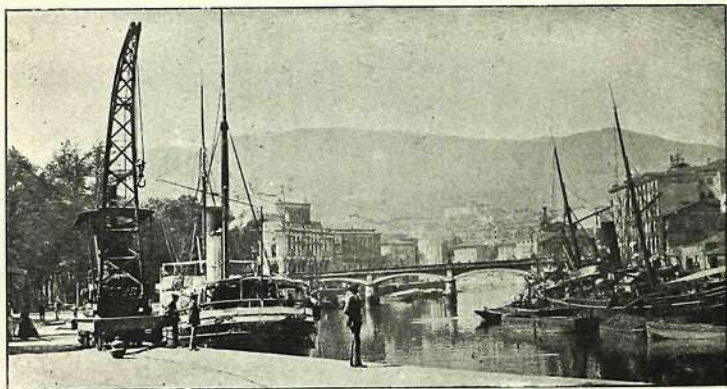


PUENTE DE SAN AGUSTÍN Y AYUNTAMIENTO

Ayuntamiento de Madrid



PORTUGALETE



EL MUELLE DEL ARENAL



EL PUENTE DE ISABEL II

Ayuntamiento de Madrid



LA PLAYA DE PORTUGALETE Y SANTURCE



EL DESIERTO



CALLE DE LA ESTUFA Y MUELLE DEL ARENAL

Ayuntamiento de Madrid

NO SE PERMITE FUMAR, *por Cilla*



1. Voy á pasar un rato delicioso, pues creo que hay aquí una magnífica colección de antigüedades y curiosidades artísticas.



2. ¡He mbre, para que el placer sea completo, voy á fumarme, mientras contemplo estas maravillas, el hermoso cigarro que me regalaron!



3. ¡Qué rico es!



4. — Caballero, no se permite fumar!



5. —¿Pero...?

—Nada, que haga usted el favor de entregarme el cigarro



6. —¡¡Oh!!!

Ayuntamiento de Madrid

FLORES DEL ALMA

Cierto florido rosal
de amenísimo vergel
logró lozanía tal
que no tenía rival
que compitiese con él.
Y entre multitud de rosas
perfumadas, olorosas,
acreditaban su fama
tres, sobre todas hermosas
posadas en alta rama.
El céfiro las amaba,
la abeja las prefería;
pero el sol que las odiaba
sus rayos las dirigía
por ver si las agostaba:
que estaba el sol envidioso,
pues ni él, ni sus resplandores,
tenían, de admiradores
cortejo tan numeroso
como las tres lindas flores.
Por fortuna, la mayor
desafiando el rigor
del cruel astro del día,
llena de santo valor
á sus hermanas cubría.
Así del calor solar,
benéfica, las libraba;
y mientras sombra las daba,
por prodigio singular
ella tampoco se ajaba.
Llegó un día el jardinero
y á la mayor dijo: —Quiero
de la rama separarte
y así podrán admirarte



en magnífico florero.
La rosa repuso: —No:
mi vida se deslizo
con mis hermanas aquí;
nada son ellas sin mí;
nada, sin ellas, soy yo.
Unidas, nuestra existencia
se desliza en dulce calma:
somos tres, y una en esencia
pues nos dió la Providencia,
para tres flores, un alma.
A la rosa respetó
el jardinero, piadoso;
del rosal se separó,
mas antes, al grupo hermoso
estas frases dirigió:
—Mucho en el mundo he vivido,
soy jardinero entendido,
por tanto, sin que os asombre,
aunque ocultéis vuestro nombre,
yo pronto lo he conocido.
Dignas de toda alabanza,
sois del alma bellas flores,
y que os llamais, se me alcanza
Fe y *Caridad*, las menores,
y la mayor, *Esperanza*.
Saludólas respetuoso,
conmovido se marchó,
á sus tareas volvió
y al grupo aquel tan hermoso,
ya nadie más atentó.
Así el florido rosal
de amenísimo vergel
logró lozanía tal
que jamás halló rival
que compitiese con él.

ANDRÉS CASTILLO

DOBLE AGONIA



A través de los entornados postigos penetra un rayo de luz que amortigua el pálido fulgor de la lamparilla que arde aún sobre una mesa. El enfermo ha podido conciliar el sueño á la madrugada, y su rostro blanco y demacrado conserva, aun dormido, un pliegue de obstinación y de amenaza. Cerca de la cama, en un sillón, vela una mujer; despierta tiritando á la claridad del crepúsculo, se levanta, fija su mirada en el semblante inmóvil del enfermo, y vuelve á sentarse, llenos de lágrimas los ojos. De tanto llorar, sin duda, se han excavado sus mejillas y se han formado en las comisuras de sus labios dos arrugas en que se dibuja la amargura. En su espesa cabellera negra se ven algunos hilos de plata; tiene treinta años, pero han sido tantos sus dolores que aparece envejecida.

La pobre mujer recuerda los pasados tiempos. Aquel hombre, su marido, ¡es tan diferente! ahora de como era antes! ¡Qué años tan dichosos los primeros de su matrimonio! ¡Cuánto se amaban!

—¡Victor! Tú puedes serlo todo para mí, le había dicho un día, pero yo no debo serlo todo para ti. El se había indignado. Sí, ella, su Matilde, lo sería todo para él. ¡Qué le importaban la gloria, la fortuna, la fama? Lo único que le interesaba era su amor.

Vino después la promesa de un fruto de bendición. Ella quería un niño, él una niña. ¡Qué dulces cuidados los de la canastilla! Nació un niño; se amaron más que nunca. Hubo duelos dolorosos, que no hicieron más que aumentar su cariño, su intimidad. Siete años, pronto ocho, de una felicidad sin límites.

El enfermo se agita como para pedir algo. La esposa se levanta en seguida.

—¡Victor! ¿Qué quieres?

—Me encuentro mal así. Póname una almohada bajo los hombros.

Matilde trata de incorporarlo y de deslizar la almohada, pero le cuesta, porque el enfermo, inerte, no se mueve.

—No sabes... Estoy peor que antes... ¡No sigas... Llama á María.

—¿María? Está durmiendo. Ha velado hasta las dos.

El enfermo se vuelve de cara á la pared; la esposa vuelve á sentarse y caen de sus ojos gruesas lágrimas. El paciente, con esa agudeza de percepción de los enfermos, se da cuenta, pero no se mueve.

Al cabo de un rato exclama:

—Matilde... te has olvidado de darme la medicina.

—Aun no es hora.

Nuevo silencio.

—Ni siquiera se te ha ocurrido abrir los postigos.

—Como ayer te quejaste...

—Bueno, pues no diré nada más.

Al cabo de un rato llaman quedo á la puerta. Es María, una antigua sirvienta de la familia de Victor, convertida ahora en su voluntaria enfermera, la única cuyos cuidados acepta agradecido el esposo de Matilde.



—Señora,—dice María,—los niños ya están vestidos.

—Victor ¿quieres verlos?—pregunta la pobre mujer.

El enfermo se encoge de hombros. Los tres niños entran de puntillas, besan á su madre, pero el padre no se vuelve ni para mirarlos. La esposa sale un momento con sus hijos dejando solo á su marido con María.

Vuelta de nuevo á recordar... Vuelven ahora á su memoria los días atroces Hele ahí ante ella, sentado delante de su bufete. Se levanta, pasea, se lleva las manos á la frente, vuelve á sentarse, y eso dura horas enteras, hasta que acaba por descargar un puñetazo sobre los legajos y exclama: —¡Nada! ¡Nada! ó bien si trata de escribir algunas líneas las borra luego con rabia, hasta que coge el papel, hace con él una pelota y lo arroja lejos de sí con desesperado gesto. Y al cabo de algunos días le hace pagar á ella su impotencia, y la aparta de sí con cólera: —¡Déjame! ¡Es que me estorbas!

Matilde se aleja, ansiando que su marido tenga razón. ¡Ah! ¡No la tiene! Desde entonces le espía. Entra en su despacho. Su marido no ha escrito nada más; sobre la mesa hay unos libros gruesos que no había visto antes. Un diccionario de medicina, un tratado de enfermedades nerviosas, otras obras del mismo género. ¡Hé ahí, pues, las lecturas á que se dedica! ¿Le hablará de ello? Sería inútil, pero Matilde sabrá cumplir con su deber.

El médico, interrogado por la esposa, ha contestado con evasivas. Mucha indulgencia, mucha paciencia. Hay que hacerse cargo de que su voluntad está enferma. Contrariarle lo menos posible. No hay que renunciar aun á toda esperanza.

Pero por más que Matilde está avisada, no por eso dejan de lastimarle las duras palabras del enfermo; á cada agravación del mal ha notado un aumento de hostilidad. Ahora mismo, ya sabe que cuando vuelva al cuarto el enfermo le hará pagar cara aquella media hora de libertad. ¿Y los niños? ¡Oh! ¿qué recuerdo conservarán de su padre?

De pronto se presenta María, gritando ansiosa: —¡Pronto, pronto, el médico!

Se le manda á buscar; el doctor examina al enfermo y exclama:

—Señora, esto se pone muy mal. Temo no se acerque el fin.

Se envía á llamar á un sacerdote que le preste los auxilios espirituales. Después, quedan solos. Matilde se acerca á la cama. ¡Una palabra solamente, una mirada, un apretón de manos de Victor!

Lastimeramente le implora.

—¡Victor!

El enfermo no se mueve.

—¡Victor!

—¿No quieres dejarme?

No; no le dejará; no puede ni quiere.

—¡Victor!

Dice esta palabra con tal acento de desesperada imploración que el enfermo se estremece.

—¿Qué? ¿Qué hay?

Matilde, fuera de sí, se arroja sobre él, le rodea con sus brazos y murmura sollozando:

—¡Victor! ¡Victor! ¡No me dejes!

Desciende una claridad en el alma del moribundo. Ahora se da cuenta de todo. Como á la luz de un relámpago, ve y juzga. Espántase, no de la muerte, sino de lo que fué y del mal irreparable.

Matilde llora siempre, abrazada á él. Victor escucha como llora. Piensa en todas las lágrimas que le ha hecho derramar. Ahora repara en aquellas arrugas precoces, en aquellas mejillas excavadas, en aquellas ojeras. ¡Es su obra! Este pensamiento le produce el efecto de una quemadura. Saltan lágrimas de sus ojos. Desesperadamente trata de estrecharla entre sus brazos.

—¡Matilde, esposa mía, perdóname!

Pero ella, de nuevo abrazada á él, enjuga sus lágrimas con besos de pasión, y colmándole de maternales caricias, murmura:

—¡Victor, Victor mío, pobrecito, no tienes tú ninguna culpa!

H. V.





UNA ESTRELLA TERRESTRE

Ayuntamiento de Madrid

NOTABILIDADES ANDALUZAS



D. EUGENIO AGACINO



D. LUIS PALOMO



EXCMO. SR. DUQUE DE T'SERCLAES



D. ANTONIO RAMOS CALDERON

Cábenos el mayor gusto en inaugurar en Iris esta nueva sección, destinada á dar á conocer las personalidades más salientes de las diversas regiones españolas, empezando por Andalucía, verdaderamente pródiga en celebridades políticas, científicas, literarias, artísticas y de toda suerte.

D. Eugenio Agacino, gaditano, pertenece á la Armada y es autor de importantes obras científicas, hoy de texto en los estudios navales, gozando de la mayor autoridad en España y fuera de ella en electricidad y mecánica. D. Luis Palomo, sevillano, es presidente de la sociedad naviera *La Bética*, director del Monte de Piedad y celebrado escritor.

¿Quién no conoce al insigne prócer señor duque de T'Serclaes? Mecenas espléndido é ilustre bibliófilo ha prestado grandes servicios políticos y cuenta con fervorosos agradecidos entre la gente de pluma.

De D. Antonio Ramos Calderón no es menester decir que figura entre nuestros primeros oradores parlamentarios. D. José M. Lazaga es senador por la provincia de Cádiz; D. Alfredo Heraso dejó los más grandes recuerdos de su paso por la alcaldía de Sevilla.

Debemos las anteriores noticias á la amabilidad del Sr. D. José Cabello, y las siguientes al distinguido periodista gaditano y colaborador de Iris D. Manuel Escalante Gómez.

D. José de Velilla es un autor que ha sido aplaudido por España entera. Es natural de Sevilla y alcanzó ruidoso triunfo con su drama *A espaldas de la ley*, en el cual aparecen de relieve su modo de sentir profundo, la energía de su expresión y su maestría en los recursos escénicos.

D. Antonio Fernández García es uno de los periodistas que más honran la prensa española. Es natural de Málaga y puede decirse que es el alma de *La Unión Mercantil* de dicha capital, una de las publicaciones mejores de toda la península.

También es distinguido periodista D. José Ruiz de León, alcalde que ha sido de Ciudad Real, su patria, y director de *La Provincia* de la misma.

Orgullosa puede estar Andalucía, así como la Mancha, de contar con las eminentes personalidades cuyos rasgos biográficos hemos tenido que condensar en pocas líneas, con sentimiento nuestro, pues se trata de entidades de verdadero mérito que honran tanto á su región como á la nación entera.

No es verdad, como suelen decir algunos, que falten hombres; lo que hay es que los hombres que valen se ven cerrado el paso por los que más ambiciosos é intrigantes no quieren ceder el puesto que ocupan.

En provincias hay una inmensa reserva de talentos y caracteres que un día ú otro aparecerán.



D. JOSÉ DE VELILLA



D. ALFREDO HERASO



D. JOSÉ M. LAZAGA



D. ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA



D. J. RUIZ DE LEÓN

COSAS DEL DIA



¡Y qué de cosas! Tanto, que se hace difícil saber por dónde empezar. ¿El tifus de Madrid? Sí; no está mal tifus; pero, ¡quién sabe!, puede que haya algo de *desageración*. Muchos creen que son voces que hacen correr los *donostiarras*, para que la gente no se vuelva a la coronada villa. ¡Vaya usted á saber!

Aparte de lo cual, eso del *tifus* ya nos lo sabemos de memoria, por ser endémico en todos los teatros.

¿El *meeting* de Tarrasa? ¡Cosa buena! Todos los oradores soltaron unas verdades como puños... de Aguilera ó de Fernán- dez Caballero. ¡Adelante!

¿La peste de Oporto? No es mala pes'e... para los *cordonistas*. Como que han muerto algunos... de bala.

¿Los *bizcarras*? ¡Chitón! Al buen callar llaman Sancho, si bien Sancho (Panza) hubiera dicho: *De aquellos polvos vienen estos lodos; No la hagas y no la temas; Quien siembra vientos recoge tempestades; Tanto va el cántaro á la fuente, etc., etc.*

¿El congreso de Burgos? ¡Bah! llamémosle *el congreso de Bur- guillos*. ¿El Sr. Jiménez Castellanos? ¡Eh! Guarda, Pablo.

¿El Congreso de la Unión de los Trabajadores? ¡Nada entre dos platos! Iglesias... no pasará nunca de iglesia, y jamás llegará á ca- tedral.

¿La huelga de contribuyentes? Pues... que me parece bien, muy bien, requetebien... y me declaro huelguista: por supuesto, *sub- conditio*. Aquí no tratamos de poner ningún conejo (traducción de periódico madrileño), al Fisco: queremos pagar, pero pagar de manera que nuestros modestos directes y billetes de veinticinco y de cincuenta vayan á parar á donde deben, en la cantidad justa, proporcionada y precisa.

¿Polavieja? Jamás he creído en los milagros de este santo varón oftalmológico, y mucho menos, aun, en los polavejetes ó vegetos. Es simplemente un Gómez Imaz ó un Imaz Gómez (no recuerdo bien) del palacio de que es ciego el Sr. Bustillo (D. Eduar- to)

¿Los fuegos florales de Cartagena? ¡Venga de ahí! como dirían el Sr. Romero y Robledo y el ajusti- ciado de Iznájar. Como que se llevó la flor natural, naturalmente, D. Vicente Medina, que me gusta in- finitamente que su paisano el Polo del mismo apellido, y que el Exemo. Sr... (no me refiero á Campoamor).

¿El movimiento literario? Perfectamente: lean ustedes *Neurosis* de D. José de Cuellar, con un prólo- go de Zamacois. Cosa buena, que hace sentir hondamente, sin perjuicio de hacer pensar.

Y lean también el admirable artículo de Zola, que trae *Vida Nueva*.

¿El movimiento artístico? Les recomiendo á todos los españoles procuren hacerse con algún número de *Pel et Ploma*, semanario catalán dibujado solamente por el siempre admirable Ramón Casas y re- dactado exclusivamente por M. Utrillo, que es otro Casas de la estética, tal como debe ser la estética, reducida hoy á *asignatura*.

Pero ¿si estaré ya cansando con tanto interrogante, además del peligro de que se agoten en las cajas? Cambiemos de signos de puntuación.

Sébase, pues, que en Barcelona lo pasamos muy mal; esto se va pareciendo ya á San Francisco de California... cincuenta y cuatro años atrás. ¡Que de puñaladas y tiros, con muerte de hombre, ó de mu- jer, y con más frecuencia de ambos á la vez!

Nada, sin embargo, iguala en brutalidad al crimen de la calle de Trafalgar, horrible plagio del de la calle de Moncada. La lástima es que, cogido el infame asesino, no se le pueda apretar el corbatín, ó, en otros términos, *eliminarle*, á tenor del Código penal vigente.

También son cosa del día los teatros. En Novedades actúa una compañía muy notable, bajo la dirección del maestro Pérez Cabrero. El otro día se puso en escena el inmarcesible *Ernani*, resultando un espectáculo de los más interesantes. El tenor cumplió como todos los de su clase y la tiple igual- mente, pero en cambio el baritono Sr. Scaramella y el bajo Sr. Citroto hicieron un Carlos V y un Silva, dignos de ser aplaudidos por cuantos desean que los cantantes, además de tener buena voz, se penetren del personaje. Asimismo es digna de los mayores elogios la señorita Berlendi en el papel de *Carmen*, esa ópera más genuinamente española que muchas óperas llamadas españolas. Verdad es que lo mismo ocurre con la novela original.

En el Tivoli alcanza entusiásticos aplausos la originalísima *Mujer Camaleón*.

En la Gran Vía se espera con ansiedad la apertura para volver á *saborear* la jota de los repatriados y los arranques de la señorita Lázaro en el papel de Pilar.

KECK

Ayuntamiento de Madrid

REPITORIA

LA INDUSTRIA TEXTIL EN LA AMERICA ESPAÑOLA

Méjico.—En 1896 poseía 98 fábricas de tejidos de algodón y 23 de tejidos de lana, representando un valor de 54 millones de francos. Estaban empleadas en ellas 21,963 obreros, y había 370,570 brocas para espolinar las telas. La producción anual era: 3,890,300 piezas de algodón blanco ordinario; 2,077,825 piezas de mus. Ja; 188,500 mantas y 322,575 alfombras, finas y ordinarias. En Orizaba hay una gran fábrica de yute.

Los materiales textiles importados á Méjico durante dicho año fueron: Gran Bretaña, 10,350,000 francos; Alemania, 3,550,000; Francia, 5,025,000; Bélgica, 50,000; Estados Unidos, 2,051,000 francos.

Colombia.—Hay en Cauca una fábrica que produce tejidos de algodón y de lana ordinarios, y en Cundinamarca, Boyaca, Antioquia y Bolívar existen varias fábricas que trabajan los textiles. En Santander se fabrican en grande escala pañuelos, tapetes, servilletas, hamacas y sacos. Las importaciones en 1896, ascendieron á 33,050,000 francos.

Brasil.—Existen muchas fábricas, especialmente en Petrópolis. La fábrica de Alagar ha distribuido á los diez y ocho años que cuenta de existencia, dividendos de 48 á 50 por ciento. Trabajan en ella 480 obreros y en 1896 produjo 122,783 piezas de algodón. La industria local está protegida en el Brasil por elevados derechos de entrada y por fuertes primas á la exportación.

República Argentina.—Industria poco desarrollada. Sólo hay en Buenos Aires una gran fábrica de lencerías que produce mantas, frazadas y paños para uniformes militares. Importación anual, 150 millones de francos.

Solución del problema núm. 10

D 7 G juega
A 5 A
T 8 H jaque y mate.

Paraguay, Chile y Bolivia.—Importan casi todos los productos textiles necesarios á la población.

Perú.—Posee dos grandes fábricas de tejidos de algodón. La de la Compañía Inglesa produce anualmente 3 millones de yardas de algodón. Hay otra fábrica de tejidos de algodón en Ica y tres de lencerías en Lima, Cuzco y Aucacht. Importa para 23,000,000 francos.

Ecuador.—Los productos textiles son de fabricación doméstica, y hay una pequeña lencería en Chillón. Importa por cerca de 9 millones de francos.

CICLISMO Y AUTOMOVILISMO

Aseguran personas bien informadas que dentro de un plazo más ó menos largo va á ser un hecho la muerte del ciclismo á manos del automovilismo; pero algunos ciclistas, no menos inteligentes que las personas susodichas, afirman que no puede suceder tal cosa.

No hay paridad entre el ciclo y el coche automóvil: sí, entre éste y el coche de tiro. El ciclo y el automóvil responden á necesidades distintas; quienes pueden prepararse á bien morir, ó á bien vivir, son los caballos. Sin ser muy perfecto aun el automovilismo, resulta ya, sin embargo, muy superior al hipomovilismo.

Comparemos, sin embargo, la bicicleta y el automóvil ligero, el motociclo ó cochecillo. Nadie escapará á la seducción que ofrece la maravillosa facilidad que proporciona el petróleo de poder hacer sin fatiga en un día, 150, 200 y aun 250 kilómetros.

metros, es decir, la distancia de Madrid á Valladolid ó de Barcelona á Selgua. El motociclo es, pues, la máquina de velocidad, por excelencia, pero no destrona á la bicicleta desde el punto de vista del turismo puro. ¡No más panoramas! ¡Y aquel ruido!

Además, las carreteras, aun las mejor cuidadas, no son á propósito para las grandes velocidades del motociclo, y, por lo tanto, no se puede exigir más que 30 kilómetros, como máximo, en las partes mejores, de 15 á 20 en las medianas, y mucho menos en las malas.

Puede, sin embargo, que el motociclo amenace gravemente á la bicicleta cuando se emplee la electricidad como fuerza motriz.

CHARADA

En lo alto de una dos tres
cogí un grueso *prima-prima*
del propio árbol cimbreante
que da una fruta tan rica.
Dicen que es *tres* dos comerlo
en exceso ¡Tontoría!
Dos primera diz se vuelve
el pobre Carlos Lechina
por la *todo*, que es por cierto
una bellísima chica.

GEROGLÍFICO COMPRIMIDO

FrTen

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Cavite.

Geroglífico comprimido.—Paren tela.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid